

# Reseñas • Reseñas • Reseñas • Reseñas

## • Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)

Perea Restrepo, Carlos Mario. *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Aguilar/Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales Universidad Nacional, 1996 xx p. il.



una analítica del discurso, entendido éste como 'un intercambio social de sentido'. No se asume como una mirada sobre la ideología o la doctrina en tanto pretende instalarse más allá de la relación funcional entre símbolo y acto que suponen aquellas. Por el contrario (...) entre la simbólica y la práctica política, entre el proyecto ideológico y el ejercicio de gobierno, existe más de un desfase y una incongruencia. Nos interesa una visión sobre el actor político, no como el sujeto consciente que instrumentaliza su discurso —o que es víctima de una deformación— sino como el sujeto objeto de discurso (...). El peso de lo tradicional se erige, pues, en interrogante capital: la sólida permanencia de una cultura política ajena a la

Este texto del psicólogo e historiador Carlos Mario Perea constituye un documentado y sistemático estudio de las representaciones de las élites capitalinas acerca de la política y la sociedad, estudiadas en un período crucial de nuestra historia contemporánea, durante el cual se incubaron tendencias de desarrollo político determinantes de nuestro perfil como nación en este siglo XX que ahora expira.

El trabajo de Perea se nutre teóricamente de distintas fuentes: de la historia política, económica, social y de la cultura (Duby, Gruzinski), de la antropología cultural (Geertz), la sociología y la psicología social (Berian, Laplantine), la lingüística y la semiología (Barthes), la filosofía (Guattari, Deleuze, Heller), así como de los estudios latinoamericanos sobre comunicación y cultura (García Canclini, Martín Barbero). Procesa así mismo el autor la historiografía colombiana acerca del período, así como los aportes de colombianistas europeos y norteamericanos al estudio de la historia política colombiana contemporánea. Polemiza, por cierto de manera inteligente, muy matizada y argumentada, con otras interpretaciones acerca de la tradición y la cultura política colombiana, como las de Daniel Pecaut, Mauricio Archila, María Victoria Uribe, Fabio Zambrano y las de quien esto escribe, y en ese proceso de distanciamiento reflexivo construye una interpretación original y sugestiva de la cultura política del período abordado.

El objeto del libro de Perea es estudiar los códigos, las características y modos de operación simbólica de la política tradicional. Contrariamente a la reflexión historiográfica que supone para el período «un firme avance de la política colombiana hacia la modernidad», el autor muestra cómo «la vida política de los años cuarenta encuentra sus formas determinantes de desciframiento en un orden de significación distinto al de la modernidad política» (p.18). Aplicando la idea de «culturas híbridas» de Néstor García Canclini a la interpretación de las confluencias de elementos tradicionales y modernos en la cultura política de las élites de aquellos años, el autor observa cómo «los horizontes de la modernidad y la tradición se dan cita, entreverados en mezcla orgánica, para anudar los textos políticos de aquellos días. El discurso se teje sobre la hibridación de distintas perspectivas significantes y no únicamente sobre el bagaje de la modernidad política» (p.19).

conflictividad social terminará por otorgar un papel primordial a la perspectiva tradicional en la precipitación y marcha de la violencia» (pp.19-20).

Para el autor los dos partidos, Liberal y Conservador, construyen el sentido de sus discursos desde tres códigos imaginarios: el religioso, el de la sangre y el de la ciudadanía segmentada (pp. 22-23). La visión religiosa y sectaria de la política propia de los dos partidos se expresa en una descalificación del aporte del otro a la construcción de la nacionalidad y del progreso (p.39), en el no reconocimiento de ningún mérito histórico ni de valores válidos en la colectividad adversaria (p.42), y en una actitud *antes que de construcción con el otro*, de exterminio de él (p.41). Cada partido intenta reivindicar a título monopolístico la obra de construcción de una política social moderna desde una actitud que podríamos expresar con la frase: «la política social mía vale, la del otro no». Las visiones que cada partido construye de su obra de gobierno y de las defecciones y carencias de la obra de gobierno del otro, con frecuencia poco tienen que ver con las realizaciones objetivas de las respectivas administraciones.

Criticando la versión liberalizante hegemónica en la historiografía colombiana que ha atribuido a los conservadores la responsabilidad principal en la creación de un clima de intolerancia política y en el desencadenamiento de la violencia durante los años cuarenta, Perea llama la atención sobre la violencia liberal de la década de los treinta y las inconsistencias de la política social y laboral liberal. Si bien reconoce el intento de la Revolución en Marcha de laicizar y modernizar la cultura y la sociedad, observa cómo «la pausa decretada ya en 1936, en medio de las airadas protestas de poderosos sectores en la oposición, terminaron por abortar los proyectos transformadores. El saldo final del fracaso reformador es inevitable: la hegemonía de la visión religiosa sobre el conjunto de la cultura» (p.49).

De otro lado, el autor nos muestra cómo las imágenes construidas desde las dirigencias de los partidos, elogiosas de sus supuestamente muy progresistas políticas sociales, contrastan con «la renuencia de las élites y del Estado a propiciar la autonomía política de los sectores populares»: el aplastamiento de la huelga de la Federación Nacional de Navieros Fedenal, por el liberal Alberto Lleras en diciembre de 1945, así como la persecución al sindicalismo liberal

Metodológicamente, el trabajo de Perea apela a recursos de interpretación semiológica, y se asume, en palabras del propio autor, «como

de la CTC y la creación por Ospina Pérez de la UTC como central obrera católico-conservadora paralela, así lo evidencian.

Muy interesante y rica nos resulta la II Parte del libro dedicada al análisis de lo imaginario religioso en el discurso político de las élites capitalinas de aquellos años. Precisa el autor cinco rasgos a partir de los cuales se construye un capital simbólico de naturaleza religiosa: «un sistema de saber que configura la comprensión de la realidad; una ética que define los juicios sobre el deber ser del mundo; una afectación sentimental avasalladora; una visión mesiánica sobre la que cabalga una conciencia salvífica del universo; y un espíritu eterno e inimitable» (p.77). Esos cinco rasgos se expresan a través de cinco significantes centrales, «idea», «moral», «pasión», «mesías» y «espíritu», los cuales desempeñan un lugar determinante en los textos políticos revisados. El análisis de estos cinco ejes discursivos nos descubre las visiones sacralizadas del partido (el «partido-doctrina»), el carácter pasional de la política, las actitudes mesiánicas, las cruzadas redentoras y las actitudes salvíficas que parecen convertir a la política en Colombia en una sucesión de restauradores y regeneradores en actitud de permanente y sucesiva refundación de la nación: «Cada agrupación política, como quintaesencia de una doctrina sagrada, considera que su simple ascenso al poder coloca en marcha su idea reconstructora de la sociedad» (p.83). Muy sugestivas son las observaciones de Perea en torno al moralismo discursivo de los partidos y a la carencia en él de contenidos prácticos reales:

«Dentro del mundo político de aquellos días la «moral» pareciera cubrirse de un manto de legalidad propia. *‘Es el fondo de los problemas políticos’*. «La crisis no es política sino moral». Pero mientras más gana en su condición de substrato profundo de la vida política más termina por hacer valer sus atributos imaginarios, pues la «moral» termina por evocar una ética sin palabra. Se la invoca a cada paso y ante cada crisis, pero no resulta posible llenar de contenido ese lugar de la cultura política que ella pone en marcha». Su eficacia queda fuera de toda duda: prescribe, prohíbe, está siempre allí para la censura y para el exorcismo, pero no es posible dotarle de un sentido capaz de enrumbar bajo nuevos derroteros la práctica política» (p.91).

Hay una idea en la III Parte dedicada al eje discursivo de la violencia y a «Lo imaginario de la sangre» también muy sugestiva, quizás no sólo para entender la violencia de aquellos días sino también algunas de nuestras violencias contemporáneas: «La frontera entre el texto del sacrificio que glorifica *‘el morir por la idea’* y la administración de la muerte que legitima *‘el matar por la idea’*, se vuelve nebulosa» (p.130).

En la IV Parte, dedicada a «Lo imaginario de la ciudadanía segmentada», Perea aborda las dificultades que entrañaba esta cultura política para la configuración de un sentido compartido de lo público y de la nacionalidad, así como de una ética civil: «Ante una herencia política que se impone a modo de código religioso agenciado en la sangre, resultaba imposible la configuración de una ética civil fundada en el horizonte de unos intereses ciudadanos genéricos. Antes que lo nacional, antes que la configuración de un proyecto general, *‘se vive en paz donde no hay revuelta’*» (p.182).

La V Parte del libro, dedicada al movimiento gaitanista, si bien pone de presente los intentos de Gaitán de transformar ciertas pautas arraigadas de nuestra cultura política («sacó la invitación a las masas de la oposición entre liberales y conservadores, sobreponiéndose, al menos al comienzo de su trayectoria, al enfrentamiento partidario; creó un lenguaje directo y sencillo; y dió un nuevo aspecto, por lo menos en algunos procedimientos, a la convocación democrática de las mayorías»), nos muestra también que el gaitanismo «no sólo convergió en el cruce de *‘porque la sangre es espíritu’*, sino que lo exacerbó en sus implicaciones imaginarias: lo sacro, fundido en el sacrificio, adquirirá la aterradora imagen de la retaliación días antes de la muerte del líder» (pp.189-190). El gaitanismo, al igual que la gran mayoría de los populismos en América Latina, entrañaba además unas fuertes dosis de paternalismo en la relación con lo popular y una carencia de mediaciones organizativas entre el líder y el pueblo (p.198).

Concluyendo esta reseña quisiéramos decir que el trabajo de Carlos Mario Perea tiene una significación no solamente histórica y académica. Muchos de los problemas por él planteados para la Colombia de los años cuarenta siguen sin resolver: la fragmentación del tejido social, la no construcción de un sentido democrático y moderno de lo público, así como de una ética civil que garantice unos fundamentos básicos de la convivencia ciudadana. La intolerancia política y la descalificación del otro se reproducen en nuestros días, con nuevos nombres y actores surgidos de la conflictividad asociada a los problemas no resueltos por el Frente Nacional y a los de la confrontación con el narcotráfico de los años más recientes.

Muy sugerente para la construcción de un nuevo juego cultural y político en Colombia nos parece el planteamiento del autor acerca de la inadecuación existente, en el discurso de las élites de aquellos días, entre símbolo, imaginarios y realidades; la fractura entre símbolo y hechos, entre transformaciones sociales y formas de representación de lo político. Probablemente en nuestros días estamos asistiendo también a fracturas similares.

Piéñese en las formas de representación de la política propias de amplios sectores de la insurgencia armada o de las fuerzas militares del Estado, muchas veces marcadas por actitudes de ghetto, el espíritu de cuerpo y por nuevas versiones de la *‘pertenencia primordial’*. Aquí es donde se hace necesario construir un universo periodístico e informativo amplio y plural, capaz de cotejar las distintas percepciones y representaciones de lo político presentes en la sociedad y de ayudarle a ésta a superar las rupturas y desgarramientos derivados de la lógica de las nuevas cruzadas redentoras, de los nuevos mesías y espíritus salvíficos, de los restauradores y regeneradores de nuestros días.

#### FABIO LÓPEZ DE LA ROCHE

PROFESOR DEL DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA E INVESTIGADOR DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y RELACIONES INTERNACIONALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA